

DE LOS EDAIN ANTES DE SU LLEGADA A BELERIAND

LUIS MIGUEL RUBIO RUBIO "ALDARON"

He aquí la historia que por boca de Béor el Viejo y de su hijo Balan, y de otras nobles gentes de su linaje, conoció el Rey Finrod Felagund, de la Casa de Finarfin, Señor de Nargothrond. Así quedó registrada después de la muerte de Béor, como regalo de los Eldar a los Hijos Menores de Ilúvatar, pues grande fue el asombro y el dolor del Rey y de los suyos al conocer el extraño destino de los Hombres, que envejecían y morían cuando el tiempo que se les había otorgado llegaba a su fin, aunque no sufrieran herida ni tristeza.

Y para conocimiento de los Hijos de los Hombres, el Rey mandó escribir esta historia, que les permitirá recordar las valerosas hazañas de sus ancestros, y no olvidar el oscuro camino que dejaron atrás.

I

El sol descendía lentamente tras las colinas del Oeste, infundiendo a las nubes su color de fuego antes de retirarse una vez más, dejando a los hombres a merced de la oscuridad de la noche. Temido por muchos, ese era uno de los momentos del día que más le fascinaban. Rara vez estaba tan ocupado como para no subir a lo alto de algún monte para admirar el crepúsculo. ¡Qué maravilloso espectáculo!, y más aún en un cálido día del otoño temprano, en un lugar seguro, con su familia bien alimentada por el regalo que los bosques le ofrecían.

Miró a su alrededor. Las orillas arboladas del río, los refugios de troncos, las hogueras que anunciaban la cena... y sintió algo que casi había olvidado: felicidad. Ciertamente, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una temporada tan prolongada de paz y abundancia. No pudo evitar recordar aquel día, cuatro inviernos atrás, en el que se sintió tan compenetrado con su padre cuando, entre los dos, consiguieron dar caza a aquel gran jabalí, con ayuda del fiel *Oso*. Pese a sus diferencias, sus espíritus armonizaban de una manera especial en aquellas cacerías. Ese día fue feliz. Pero poco después esos malditos orcos atacaron su campamento y la masacre fue inevitable. Miró hacia el este, donde su padre reposaba desde entonces en una acebeda. Uno de los colmillos del jabalí estaba sobre su tumba. El otro lo llevaba colgado al cuello en ese momento.

El sol se ocultó al fin, y Balan suspiró. Miró hacia el oeste y un último rayo de luz le iluminó el rostro. El Oeste. Algo muy elevado tenía que haber allí cuando incluso el sol iba en aquella dirección. Sintió una inquietud en su corazón al pensar en ello. Durante toda su vida no había hecho otra cosa que ir de un lugar a otro, siempre huyendo, al igual que sus padres y los padres de sus padres. ¿Acaso era el destino de los hombres errar por el mundo como vagabundos sin hogar?

"Hay una oscuridad detrás de nosotros a la que hemos dado la espalda", pensaba a menudo, "pero tiene que haber algún lugar en el que los corazones de los hombres encuentren el descanso que tanto anhelan".

Las viejas leyendas de su pueblo hablaban de una tierra, más allá de las montañas del Oeste, donde habitaban los grandes Señores de la Luz. Pero su gente perdía la fe. Eran muchas las cordilleras que habían atravesado esperando ver las aguas infinitas del azul. Sin embargo, siempre encontraban un nuevo horizonte en el Occidente, y la oscuridad seguía acechando. ¿Qué habría más allá de aquellas colinas lejanas? Tal vez un nuevo horizonte. Una nueva meta. Una nueva esperanza.

II

Eilinel estaba preparando la cena mientras esperaba la llegada de su esposo. Lo vio bajar entre los árboles de la colina a la que había subido a contemplar la puesta de sol. Era un momento del día que le llenaba de satisfacción desde que se habían instalado en ese valle antes del verano. Era un buen sitio, a resguardo de los vientos y alejado de los orcos. Empezaba a considerarlo como un hogar.

Balan sonrió a su esposa, cuyos ojos grises lo miraban reflejando todo su amor por él. Después de tantos años había encontrado un lugar en el que se sentía segura. Su mirada parecía decirle: "Al fin tenemos un hogar". Quiso decir algo, pero en ese momento el cachorro que su hijo estaba enseñando a cazar apareció corriendo y moviendo el rabo y le puso las patatas en el pecho.

—¡Lobo! ¡Quieto! ¡Siéntate! —lo tranquilizó. Levantó la vista y vio venir a sus hijos, acompañados por el viejo *Oso*. Belen, su hijo pequeño, se adelantó corriendo hacia sus padres. — ¡Papá! ¡Mamá! ¡Baran me ha enseñado a poner lazos! ¡Yo he puesto dos! —El pequeño parecía entusiasmado. Su hermano mayor intentaba aparentar indiferencia, pero no podía ocultar una sonrisa.

— ¿No me digas? —Balan levantó a Belen en brazos—. Pues entonces mañana tendrás que levantarte al alba para ver si has cazado algo.

— ¡Seguro que sí! ¡Ya lo verás! —Siguió relatando sus aventuras durante la cena. Después, Balan le pidió novedades a su primogénito.

—*Lobo* siguió un rastro hasta el río, pero no pudimos cruzar. Está progresando mucho, y siempre acude a mi llamada, aunque es muy nervioso. —Baran comenzó a hablar con alegría, pero fue interrumpido con cierta brusquedad por su padre.

— ¿Alguna señal de orcos?

Evidentemente molesto, el joven tardó unos segundos en contestar.

—No.

Eilinel lo miraba en silencio con la cabeza gacha y eso le dio valor para intentar una réplica.

—Padre, hace meses que no dan señales de vida, y hemos avanzado mucho hacia el Oeste. Yo creo que este es un lugar seguro y que deberíamos...

—¡También era un lugar seguro aquel valle al pie de las montañas! Pero tu abuelo no murió de viejo, ¿no es así? Ni tampoco muchos hombres valerosos, de mi misma sangre, a quienes amaba. ¿O acaso no lo recuerdas?

—Sí, padre. Lo recuerdo tan bien como tú —respondió Baran al borde de la ira—. También eran mis amigos y parientes los que allí dieron su vida. Pero...

— ¡Ya basta! Pasaremos aquí el invierno y en primavera nos pondremos en camino hacia Occidente. —Y con estas palabras, Balan se levantó y se perdió en la oscuridad.

III

Antes de que los árboles perdieran sus hojas, Balan vio llegar a su campamento a otros hombres de su mismo linaje, que se instalaron allí con sus familias para pasar el invierno junto a ellos. Fue un invierno frío, pero nunca les faltaba leña y la caza era abundante en la región. A la luz de una hoguera y con el calor de la mutua compañía, a menudo se formaban reuniones en las que los hombres contaban historias o, más frecuentemente, hablaban de sus esperanzas y sus temores, y se preguntaban cuánto duraría aquella situación, y qué harían cuando llegara la primavera. Muchos de ellos de buena gana se habrían quedado en ese lugar de forma permanente, aunque ninguno podía olvidar lo que dejaban atrás, y la oscuridad y la muerte estaban todavía demasiado cercanas en su memoria. Pero todos amaban a Balan, su señor, y lo seguirían allí donde él decidiera ir, y acatarían su voluntad. Entonces siempre volvían su mirada al Occidente, hacia donde, día a día, se abrían sus corazones, y pensaban que allí encontrarían la luz que apartaría por fin de sus almas la oscuridad que los perseguía.

De este modo fueron pasando los días y las largas noches, y así, poco a poco, el sol recuperó su fuerza y derritió la nieve, y los primeros brotes estaban ansiosos por comenzar una nueva estación.

Una tarde, mientras todos cantaban y se regocijaban en torno a una gran hoguera con la que se iba a preparar un banquete para celebrar la llegada del buen tiempo, Balan subió a una colina cercana, como era su costumbre, para despedir al sol, madre de toda la vida en la tierra, que en su declinar obsequiaba a los hombres con su momento de mayor hermosura al alcanzar la tierra en el Oeste.

Sentado sobre la hierba nueva, con la fresca brisa limpiando sus inquietudes, escuchó de pronto a sus espaldas el susurro de unos pasos sigilosos y se volvió sobresaltado. Eilinel, su esposa, se detuvo y le sonrió en silencio. De pie, con el bello rostro iluminado por la luz del sol poniente y sus negros cabellos meciéndose en el viento, parecía, pese a sus rústicos ropajes de piel, una gran señora entre los hombres. Como una reina de los elfos en los bosques oscuros, como una estrella que titila por sobre las demás en la noche, así vio Balan a su amada en el crepúsculo. Y tal era su belleza, que pensó que nada en el mundo, ni la mismísima Reina del Sol, podría rivalizar con ella en su corazón.

—Vuestros ojos resplandecen, mi señor —dijo Eilinel con una sonrisa— ¿Acaso la luz del sol ha traído la primavera también a vuestros pensamientos sombríos? —Balan se levantó y la cogió de la mano, sonriéndole a su vez.

—No es la primavera ni la luz del sol lo que veis en mis ojos, mi señora Eilinel, sino solo el reflejo de vuestra sonrisa, la única luz en este mundo capaz de alejar las sombras de mi alma.

—Si lo que decís es cierto, la solución es fácil: permaneceré junto a vos mientras viva, pues vuestros ojos me ofrecen luz más que suficiente, y vuestro amor es todo el alimento que necesito. Hincando una rodilla en tierra, Balan le besó suavemente la mano, y la puso después sobre su pecho para que ella sintiera latir su corazón.

—En ese caso, mi señora, yo os juro que nunca más pasaréis hambre, pues mientras la Hermosa Reina que guía a mi pueblo conduzca al sol hacia el Oeste, mi amor hacia vos será cada día mayor, y donde quiera que vaya el alma de los hombres tras su muerte, en la Luz del Occidente o en las negras sombras de la tierra, ella guardará ese amor consigo, y será impercedero mientras dure el mundo.

Así, a la luz del ocaso, Balan y Eilinel renovaron los juramentos que hicieron en su juventud, y de este modo ambos retrocedían sobre la tierra, y sintieron que las sombras de ninguna nube podrían enturbiar su felicidad reencontrada mientras estuvieran juntos. Ahora bien, cuando la luz del sol no era ya más que un resplandor sobre el horizonte occidental, Balan sintió de nuevo en su corazón el deseo de encontrar una tierra en el Oeste en la que la oscuridad no tuviera cabida, y le dijo a su esposa que pronto se pondrían otra vez en camino. Al oír estas palabras, la sonrisa de Eilinel desapareció de su rostro, y sus ojos se entristecieron, pues había esperado que ahora ya no tendrían que abandonar ese lugar, que tan hermoso le parecía, y que sus vagabundeos habían terminado al fin.

IV

Esa noche hubo una gran fiesta en el campamento, en la que no faltó de nada, y hasta los perros comieron carne caliente y quedaron saciados. Sin embargo, Balan advirtió que su esposa pronto se alejó del jolgorio y permanecía apartada y silenciosa contemplando la alegría ajena, que no parecía compartir. Cuando se sentó a su lado y le preguntó qué le ocurría, ella se sinceró y le confesó al fin sus sentimientos, diciéndole que no deseaba continuar viajando y que le gustaría quedarse en ese lugar que tan bien los había tratado, y construir allí un hogar en el que envejecer en paz.

—¿En paz? —dijo Balan—. Eso sería muy bonito. Yo también construiría aquí mi hogar si pensara que podía vivir en paz. Pero, aunque mi vista no alcanza muy lejos, tengo el presentimiento de que la paz no durará mucho tiempo en este lugar.

—Nunca dura—dijo Eilinel—. Como tampoco dura mucho la vida de los hombres. Por eso yo prefiero quedarme aquí y ser feliz mientras pueda, en lugar de vagar por los bosques desiertos para morir finalmente sin haber conocido la satisfacción de pertenecer a algún lugar.

Balan la miró con tristeza y replicó:

—Precisamente por eso vamos al Oeste, porque allí podremos dejar atrás la oscuridad y...

—Balan—lo interrumpió Eilinel—, mira a tu pueblo, Balan, y dime qué ves.

Balan levantó la vista y recorrió con la mirada las hogueras y la gente que bailaba a su alrededor, despreocupada. Con cierta sorpresa reparó en que había bastantes mujeres embarazadas. Vio a sus propios hijos; el pequeño Belen jugaba con otros niños, mientras Baran estaba en un lugar más alejado del ruido, hablando con una chica de su edad en la penumbra. De pronto vio que su padre lo observaba y desvió la mirada, incómodo. Miró a sus hombres. Hablaban en grupos, riendo ruidosamente y dándose fuertes palmadas en la espalda. Algunos le vieron y le saludaron con un gesto. También observó que el más anciano era solo unos años mayor que él. Miró a su mujer y esta continuó hablando.

—Todos te seguirán, Balan. Te seguirán allí donde los conduzcas porque te respetan, y saben que solo quieres lo mejor para ellos, y confían en ti. Pero están cansados. Cansados de huir de algo que no comprenden y cansados de perseguir un sueño que no llega.

— ¡No es ningún sueño! —exclamó Baran—. Solo en el Oeste encontrarán descanso los corazones de los Hombres. Eilinel agachó la cabeza mientras él hablaba, pues sabía que no podría convencerle. Cuando miró a su esposo y habló de nuevo sus ojos estaban humedecidos.

—Tu pueblo te ama, Balan —dijo—, y yo más que nadie. Pero sólo el amor me impulsa a seguirte. Y te seguiré, aunque me guíes a la muerte. Sin embargo, dudo que alcance nunca ese lugar al que pretendes llevarnos, pues creo que la oscuridad y el miedo forman parte de la naturaleza de los hombres y que no existe lugar sobre la tierra donde podamos escapar de ellos, salvo en pequeños refugios como este en los que por un tiempo podremos disfrutar en paz de nuestras cortas vidas.

Estas palabras entristecieron mucho a Balan, pues comprendió entonces que su mujer había sucumbido a la desesperanza y había perdido la fe. Por eso le contestó amablemente, pero con dureza.

—Graves palabras las tuyas, dictadas por la ignorancia. Pues olvidas las tradiciones de nuestro pueblo y la sabiduría de nuestros antepasados, de la que yo soy depositario. Y aunque no tengo todas las respuestas, y ninguna certidumbre, alcanzo a ver más lejos que otros, que piensan quizá que solo huimos de los orcos cobardemente y preferirían luchar y morir por un palmo de tierra, pues no comprenden que nuestra huida es en realidad una búsqueda, y una lucha para recuperar lo que con engaños le fue arrebatado al hombre por aquel que trajo la oscuridad. Por eso vamos al Oeste, porque se dice que allí hay Luz, y podrías disfrutar tal vez de una paz más duradera, y quizá nuestras vidas no serían tan cortas.

Eilinel no dijo nada y permaneció inmóvil durante unos instantes, y Balan pensó que le había abierto los ojos, y ya no dudaría más. Finalmente, Eilinel habló.

—Es cierto que yo soy ignorante, y que tu sabiduría es grande entre los hombres, por lo que es posible que sea como tú dices. No obstante, te repito que solo por amor te seguiré, aunque una parte de mi corazón permanecerá para siempre en este lugar.

Balan intentó replicar, pero Eilinel siguió hablando.

—En cuanto a nuestro pueblo, es cierto que hay hombres que desean quedarse y luchar y dar su vida, pero nunca alzarán su voz contra ti, pues eres su señor y te aman más que a la tierra que pisan, y no hay nadie más entre los hombres a quien seguirían como a ti, aunque no entiendan, salvo tal vez Baran, tu hijo, quien por cierto sospecho que no ha heredado tu sabiduría y sí mi ignorancia.

Tras oír todo esto, Balan permaneció largo rato inmóvil y silencioso, ajeno a su entorno. Y aunque Eilinel intentó animarlo con palabras dulces, él pareció no oírle, sumido en pensamientos sombríos, con los ojos fijos en el fuego. Finalmente se levantó de súbito y, sin decir una palabra, se encaminó hacia los primeros árboles del bosque y se internó entre las oscuras sombras de la noche. Nadie se atrevió a seguirle, salvo el fiel *Oso*, su viejo perro de caza que, aunque parecía dormir lejos, junto a la cabaña, alzó de pronto la cabeza cuando su amo se levantó y corrió tras él.

V

Durante toda la noche permaneció despierta Eilinel esperando el regreso de su esposo, en vano. Y cuando llegó el alba, fría y gris, subió a lo alto de la colina para ver a lo lejos, pero Balan no volvió. De nuevo subió al atardecer, pues estaba segura de que él vendría a contemplar el crepúsculo, pero nadie había allí, y unas nubes grises como las sombras de una noche sin luna impidieron a Eilinel ver el sol.

Por la mañana, algunos de los mejores cazadores que había en el campamento se dispusieron a salir en busca de su señor, pero no dejaron que Baran los acompañara, aunque se le consideraba un gran cazador, porque alguien debía quedarse con los demás hombres y ser su guía en caso de que Balan no volviera, pues era peligroso vagar solo por los bosques salvajes, y la ausencia de su señor les había traído de nuevo la inseguridad y el miedo.

Lejos caminaron los hombres bajo los árboles. Y subieron a las colinas, y bajaron a los barrancos, y estudiaron el suelo y encontraron huellas de todas las criaturas salvajes que moraban en los bosques. Pero no pudieron encontrar ninguna que les indicara dónde podía estar aquel a quien buscaban.

Entraba la noche cuando regresaron al campamento fatigados y cabizbajos. Y, aunque las estrellas brillaban pálidas y titilantes sobre la tierra, tenían una congoja en el corazón, pues Balan tampoco había regresado.

Al día siguiente reanudaron su búsqueda, pero esta vez Baran se unió a ellos, y nada de lo que dijeron le hizo cambiar de opinión. Dejó el campamento al mando de Arthad, el más anciano de entre ellos y pariente cercano de su padre. Y los cazadores se dividieron en cuatro grupos, y uno partió al norte, otro al sur y otro al oeste. Y Baran, junto con los más valientes de sus hombres, fue hacia el este.

Durante todo el día buscaron incansables, y cuando el sol bajaba hacia el oeste siguieron buscando, y no se detuvieron durante la noche fría iluminada por estrellas innumerables. Y cuando llegó el alba, húmeda y fría, emprendieron el regreso desesperanzados, y llegaron al campamento cuando ya las sombras eran largas a sus pies. Los demás cazadores ya habían regresado, y no había noticias de Balan. Pero Baran se encontró

con que algunos hombres empezaban a murmurar por lo bajo, especialmente entre sus amigos más jóvenes, y se preguntaban si no habría llegado el momento de que un nuevo señor los guiara, pues Balan los había abandonado. Otros no estaban de acuerdo, y se produjeron momentos de tensión entre algunos de ellos. Tan pronto como Baran conoció la situación, se apresuró a convocar a los hombres en consejo. Y cuando estuvieron todos reunidos alrededor de los ancianos, subió a una gran roca, que su padre solía utilizar para hablar ante ellos. Todos a su alrededor guardaron silencio y permanecieron inmóviles mientras él los contemplaba, erguido en toda su estatura, desde lo alto. Sus ojos grises centelleaban como la escarcha fría en aquel crepúsculo de fuego. Cuando habló, su voz sonó clara y poderosa, como si fuera en verdad un señor de los hombres:

— ¡Yo soy Baran, hijo de Balan el Sabio! — dijo — . Todos vosotros habéis seguido sin dudar a mi padre durante años, igual que antes seguisteis a mi abuelo. Hemos superado muchos peligros y perdido en el camino a muchos amigos. Pero finalmente hemos llegado hasta aquí, donde la tierra es generosa con nosotros. Sin embargo, veo duda y miedo en vuestros ojos por la ausencia de mi padre. ¡A mí me corresponde ahora guiar vuestros pasos! — Al decir esto, algunos de los más jóvenes le ovacionaron y comenzaron a aplaudir, pero otros no abrieron la boca. A un gesto de Baran se hizo de nuevo el silencio.

— Sé que hay división entre mi pueblo, y eso no es bueno. Así pues, he aquí mi mandato, que todos vosotros acataréis:

“Permaneceremos aquí, junto a este río, donde los ciervos beben en sus aguas claras. — Los hombres lo escuchaban guardando un silencio de muerte, pues todos ellos estaban conteniendo el aliento—. Y esto será así porque vuestro señor, Balan, no os ha abandonado, sino que sufre por vosotros en algún lugar. Y yo no abandonaré a mi padre, pues él será vuestro señor hasta el día en que repose bajo su túmulo, a menos que él mismo encuentre a alguien más noble y más sabio a quien servir. Al alba partiré de nuevo en su busca, y cuando lo encuentre, él os conducirá, pues mi hora aún no ha llegado”.

Durante un instante nadie habló, pero en seguida todos los hombres rompieron en un estallido unánime de aprobación, y los ancianos se miraban entre ellos y hacían gestos de asentimiento, mientras Baran estrechaba todas las manos que le ofrecían.

VI

Eilinel, que había escuchado como los demás aunque algo apartada el discurso de su hijo, dejó que las lágrimas fluyeran por sus mejillas, relajando así parte de la tensión que había acumulado. Ella conocía, como muchos otros, la oposición silenciosa de su hijo a la obsesión de Balan por viajar hacia el oeste. Sin embargo, pese a que la relación entre ellos era a menudo fría, Baran había demostrado una gran sensatez en aquel momento, en el que sus dotes de mando salieron a la luz por primera vez en su vida. El respeto y el amor mostrado hacia su padre le habían conmovido profundamente. Deseó correr a abrazar a su hijo, pero la multitud que se agolpaba a su alrededor se lo impidió, así que decidió ir a la cabaña y esperarlo allí. Al acercarse, *Lobo*, el gran cachorro de su hijo, salió a su encuentro, pero *Oso* permaneció echado, moviendo lentamente el rabo. Por un instante la escena le pareció totalmente normal, el bueno y viejo *Oso*, pero en seguida cayó en la cuenta de su significado y gritó:

— ¡Oso! —Miró a su alrededor y en el interior de la cabaña, pero no había nadie. Todo el mundo estaba rodeando a su hijo, que seguía recibiendo todo tipo de muestras de cariño. De modo que, sin esperar a nadie, echó a correr hacia la colina sin dejar de gritar, con lágrimas en los ojos:

— ¡Oso está aquí! ¡Balan ha vuelto!

Se creó de pronto un gran revuelo entre la multitud, que miraba a Eilinel sin comprender muy bien por qué corría. Baran reaccionó primero al oír a su madre y salió tras ella, aunque ya llevaba una buena ventaja. De pronto, Eilinel se detuvo mirando hacia la ladera. Baran tardó un momento en ver lo que había frenado su carrera: entre los árboles, andando lentamente, como si acabara de subir a lo alto de la colina para ver el ocaso como hacía siempre, estaba su padre. Sonreía. Se acercó a su esposa y la abrazó. Largo rato permanecieron abrazados, susurrando palabras que nadie más oyó. Baran se quedó donde estaba y contempló a sus padres, guardando la distancia, con el rostro serio. Tampoco se acercó cuando todos los hombres y mujeres y niños fueron a dar la bienvenida a su señor con grandes muestras de alegría. Permaneció de pie, solo e inmóvil, y ninguno de los pocos que le prestaron atención supo descifrar sus pensamientos. Sin embargo, hubo un hombre que sí reparó en él y evitando los abrazos de la gente se acercó, se detuvo frente a él y le habló:

—Hola, hijo mío.

—Hola, padre.

Durante un instante se miraron sin hablar, ajenos a las miradas de todos los que había a su alrededor, que aguardaban en un repentino y extraño silencio. Finalmente, una son-risa se fue esbozando poco a poco en el rostro de Baran y, sin poder aguantar más, abrazó a su padre, contento.

—Me alegro de verte, padre. Te he echado de menos.

—Yo también me alegro, hijo. —Rompió el abrazo y se quedaron frente a frente, cada uno con la mano sobre el hombro del otro. Balan continuó hablando a su hijo, y solo los que estaban más cerca consiguieron escuchar sus palabras—. Sé lo que acabas de hacer, y estoy muy orgulloso de ello. Has mostrado una gran nobleza de espíritu, y eso es algo que no todos los hombres poseen y que te ayudará en los momentos difíciles a elegir el camino correcto.

—Solo hice lo que pensé que tenía que hacer —replicó Baran.

—Sí —dijo su padre—, y lo hiciste bien, actuando por encima de tus propios deseos. Así es como debe actuar un capitán ante sus hombres. Tal vez no haya llegado tu momento, pero cuando llegue, estarás preparado.

Aquella fue una noche de celebraciones en el campamento. Balan fue agasajado por todos, pero no menos honores recibió Baran, y hasta el pequeño Belen se sorprendió cuando un hombre que le doblaba en estatura le ofreció un pastel de carne con una reverencia. Eilinel participó esta vez de la alegría porque, cuando preguntó a Balan dónde había estado y qué había hecho, él le respondió:

—He estado meditando entre los árboles, bajo el sol y las estrellas, pensando en ti y en tus palabras, y en nuestros hijos, y en nuestro pueblo. Porque el amor que tú me inspiras es muy grande, pero no puede ser compartido y aunque sigo pensando que en el Oeste está la luz que disipará el miedo de los corazones de los hombres, puedo comprender tu cansancio y tu escepticismo. Y por ese motivo, he decidido que quizá podamos mantener este lugar en secreto, por un tiempo al menos, para que mi familia pueda tener algo que legar a sus descendientes.

Así pues, el pueblo de Balan decidió tomar posesión de aquellas tierras a las que habían tomado cariño. Y no les resultó difícil, pues eran los únicos hombres que habían llegado hasta aquel lugar del mundo. Balan sospechaba que una parte del pueblo de Marach el Alto debía estar también inspeccionando las tierras occidentales, aunque mucho más al norte. Ellos también iban al oeste, y no les molestarían, pues había amistad entre ambos pueblos, que trataban en ocasiones. Eran un pueblo guerrero y marchaban unidos, como un auténtico ejército. No obstante, ni Balan ni nadie de su generación había conocido nunca una batalla importante entre hombres, aunque sabía que las hubo en el pasado.

VII

El día más largo del año hizo un tiempo espléndido, pero la caza no fue buena. Baran pensaba cazar algún corzo, pero solo había visto una hembra; no quiso disparar porque tenía una cría pequeña que no sobreviviría sin su madre. A media tarde se dirigió a una pequeña laguna donde había quedado con su padre para coger huevos de pato, que allí criaban en abundancia. Balan tampoco había tenido suerte. Estaba esperándolo con los dos perros, que corrieron a saludarle entusiasmados. Para ellos todos los días de caza eran buenos.

Aquí les fue mejor. Encontraron varios nidos, y cogiendo solo dos o tres huevos de cada uno pronto reunieron una docena, lo cual era suficiente para cenar, así que decidieron volver a casa aunque aún no se había puesto el sol. Por el camino de regreso, mientras ellos comentaban las incidencias de la jornada, *Oso* y *Lobo* empezaron de pronto a mostrar una gran agitación. Los cazadores se pusieron alerta de inmediato, mas pronto se miraron extrañados. Los perros habían encontrado un rastro, pero en lugar de seguirlo ladrando con fuerza daban vueltas sin alejarse, emitiendo lastimosos gañidos con el pelo del lomo erizado.

Fueron a inspeccionar el terreno húmedo, y Balan no tardó en encontrar unas huellas profundas. Llamó a su hijo con un grito. Baran llegó a su lado, y viendo la expresión de su padre no necesitó que él hablara ni miró las huellas en el barro.

—Orcos —dijo.

—Sí.

Echaron a correr hacia el campamento.

El humo se elevaba en densas columnas negras. Pudieron verlas bastante antes de llegar al valle. No eran muchas, ni muy grandes, pues sus cabañas eran pequeñas. Corrieron empleando toda su energía, tropezando y rasgándose la ropa en espinos y zarzales. Antes de entrar en el claro donde el fuego destruía sus hogares, se detuvieron unos instantes para

recuperar el aliento y ver cuál era la situación. Tan solo un vistazo les bastó para darse cuenta de que llegaban tarde. Ya poco podían hacer. Eran pocas las cabañas que permanecían en pie. Muchos cadáveres yacían como despojos sobre la hierba pisoteada y manchada de sangre. No todos eran humanos; también podían verse los oscuros y nauseabundos cuerpos de algunos orcos, atravesados por muchas flechas y abandonados por sus compañeros. Todo indicaba que una relajación en la vigilancia había propiciado el ataque sorpresa. Podían oírse quedos lamentos y llantos infantiles. De pronto, junto a una cabaña que las llamas habían respetado a medias, un leve movimiento les llamó la atención. Varios niños trataban de esconderse entre los troncos oscurecidos y la techumbre, que había cedido en parte dejando un pequeño espacio libre. De entre las crecientes sombras surgieron tres orcos. Uno de ellos, con un muñón sangrante allí donde debiera estar la mano, se disponía a levantar el tejado derruido mientras los otros dos aguardaban semiocultos blandiendo grandes espadones de pesado metal.

Baran no se lo pensó dos veces. Echó a correr hacia ellos tan rápido y silenciosamente como pudo, con una flecha de punta metálica preparada en el arco. Cuando consideró que la distancia era suficiente, apuntó rápidamente al orco manco y disparó. La criatura emitió un chillido pavoroso y se derrumbó con dos flechas clavadas en la espalda. Fue entonces cuando Baran vio a su padre, que le había seguido en silenciosa maniobra y había disparado simultáneamente. Mas no se detuvieron a felicitarse, pues los otros orcos se volvieron sorprendidos y cargaron contra ellos, gritando de forma aterradora lo que tal vez fueran espantosos insultos en su lengua incomprensible y aberrante. Ellos permanecieron firmes en su puesto, y mientras tensaban la cuerda, solo una mirada les bastó para entenderse, de manera que la flecha de Baran voló con fuerza hacia el pecho del orco que estaba a su izquierda, mientras su padre disparaba al otro. Sin embargo, esta última flecha solo alcanzó el hombro, de modo que aunque dio un traspies, la depravada criatura siguió corriendo, sin dar tiempo a Balan a disparar de nuevo. Su hijo fue más rápido, y ya casi tenía una flecha preparada cuando el orco levantó el espadón para dejarlo caer sobre Balan, que echaba mano a su cuchillo de monte para el cuerpo a cuerpo. Ahora bien, mientras Baran tensaba la cuerda, seguro de efectuar un disparo certero, pudo ver por el rabillo del ojo cómo los niños, que habían abandonado su escondite y corrían asustados hacia el bosque, eran casi alcanzados por otro orco, pequeño y despreciable, de mirada enloquecida por la sed de sangre. No pensó qué debía hacer, pues no había tiempo para eso, simplemente disparó. La flecha alcanzó su objetivo y los niños pudieron escapar. A su lado, un gran orco armado, herido y furioso, cayó sobre su padre, derribándolo.

Balan miró hacia arriba desde el suelo mientras intentaba recuperar la respiración y vio cómo el orco sobre él se disponía a descargar un poderoso golpe mortal. De pronto aquel ser inhumano trastabilló. Rápidamente Balan recogió su cuchillo y se levantó. El orco intentaba quitarse de encima a los dos perros que le atacaban furiosos, con las fauces ensangrentadas. En cuanto vio un hueco, Balan clavó su cuchillo en el cuello de aquella bestia.

VIII

Miraron a su alrededor, pero no vieron más orcos vivos. Aquellos que habían matado debían de ser unos rezagados, desertores quizá que buscaban botín por su cuenta cuando ya el

grupo principal se había marchado. Rápidamente fueron a su cabaña, que por estar algo apartada se había librado de las llamas. No había nadie allí y la puerta estaba abierta. Al salir vieron de pronto a dos hombres que avanzaban cautelosos hacia ellos. Eran Urthel y su hijo Hathaldir, que venían a buscarlos. Por ellos supieron que las mujeres y los niños habían sido llevados a un refugio en el bosque cuando comenzó el ataque, por orden del viejo Arthad.

— ¿Dónde está Arthad? Quiero hablar con él — dijo Balan.

—Fue uno de los primeros en caer —informó Urthel—Enfrentó en solitario a la hueste principal para dar tiempo a huir a las mujeres. Nuestras armas son frágiles. Útiles para cazar liebres, pero los orcos tienen la piel dura. Solo algunos de entre nosotros tenían hachas y espadas de hierro como la tuya, Balan, regalo de los Maestros Herreros, Venerables Señores en sus mansiones de piedra bajo las montañas del este. Luchamos, pero cuando fue imposible aguantar más los hombres corrieron hacia el bosque en todas direcciones menos en una, intentando alejar a los orcos de los indefensos.

Balan asumió entonces el mando y ordenó que trajeran a las mujeres y los niños hasta lo que quedaba del campamento, donde se atrincherarían hasta el alba junto a la empalizada que habían estado levantando las últimas semanas, sin poder terminarla. Lástima que tanto trabajo no hubiera servido de nada. Por la mañana honrarían a sus muertos. Cuando el grupo llegó al claro, Balan corrió hacia él, pues estaba ansioso por abrazar a su mujer y a su hijo pequeño. Pero su congoja fue grande cuando Belen le dijo que su madre no estaba en el grupo, y no supo decirle qué había sido de ella. No obstante, las mujeres le dijeron que no todas estaban allí, pues algunas habían huido al bosque cuando comenzó el ataque.

Nadie durmió esa noche. Unos vigilaban y otros recogían los cuerpos de los compañeros caídos. A lo largo de las pocas pero largas horas que restaban hasta el alba fueron llegando algunos hombres, en solitario o en pequeños grupos, aunque no todos los que se echaban de menos. Nadie pudo dar a Balan noticias sobre Eilinel.

Con las primeras luces, se organizaron expediciones para la búsqueda de los desaparecidos. La angustia crecía en Balan y sus hijos a cada momento que pasaba, pero mantenían la esperanza en los corazones, pues a lo largo de la mañana fueron apareciendo varias mujeres. Pasado el mediodía, encontraron bajo un afloramiento rocoso a un hombre que había caído en la oscuridad, rompiéndose una pierna y varias costillas. Fabricaron con ramas unas angarillas y acordaron que Balan y su hijo lo llevaran al campamento mientras los demás continuaban. Cuando llegaron, dejaron al herido con los demás al cuidado de algunas mujeres. Se les acercó Urthel, y con el rostro serio dijo:

— Balan, acaba de llegar Belemir, el hijo de Beremir.

— ¡Buen muchacho! —se alegró Balan—. Sabía que vendría, es igual que su padre. — Pero enseguida calló, porque Urthel tenía algo más que decir.

—Ha traído a Eilinel.

Balan y Baran corrieron hacia donde señalaba su amigo. Eilinel estaba tendida sobre un lecho de hierba y helechos, el rostro pálido y los ojos cerrados. Una vieja le pasaba un paño

húmedo por la frente. Al ver acercarse a los dos hombres, se levantó y se interpuso en su camino.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó Baran, ansioso. La anciana permaneció en silencio, y cuando la miraron vieron su arrugado rostro surcado de lágrimas. Al fin habló con una voz cansada, doliente, acostumbrada a dar malas noticias.

—Está muerta.

La muerte de su esposa fue un golpe muy duro para Balan, que se sumió en un estado de profunda desesperación, y anduvo solitario, sin hablar con nadie durante varios días tras los funerales. Habían construido cuatro grandes túmulos sobre las colinas circundantes, donde descansarían desde entonces, en la tierra bajo el sol, los hijos de los hombres alcanzados por el destino. Los cuerpos putrefactos de los orcos los habían quemado en una gran pira, para no extender su pestilencia por el valle.

Por fin, una tarde Balan se mostró más animado, y Baran fue a hablar con él para organizar los trabajos de reconstrucción del campamento y de la empalizada, que era lo más urgente. Pero Balan contestó que, muerta Eilinel, ya no tenía motivos para permanecer allí, y menos aún con orcos en la región, por lo que todos debían prepararse para ponerse de nuevo en camino. Partirían al oeste.

Baran reprochó a su padre lo que él consideraba cobardía, y dijo con voz áspera que debían terminar la empalizada y resistir, y vengar a los compañeros caídos. Balan contestó:

— ¿No has visto suficiente sangre todavía? Por muchos orcos que mates, siempre habrá más, y nosotros somos pocos, demasiado pocos.

—Eso será igual aquí que en cualquier otro sitio sobre la tierra, padre. No entiendo por qué tenemos que ir siempre al oeste cuando...

—No, no entiendes—interrumpió Balan— Y por lo visto no puedes entender. Así que harías bien en obedecer a padre, que es tu Señor, como has hecho hasta ahora. Por tu bien y por el bien de tu pueblo.

Al oír esto, la chispa de resentimiento que había en el corazón de Baran se inflamó, avivada por los difíciles momentos que habían vivido en aquellos días. Y en aquella hora nefasta habló a su padre con palabras iracundas, que nunca habría pronunciado en otras circunstancias. Y Balan no se mostró afable. De este modo el joven le volvió la espalda, diciendo que no iría al oeste y que seguiría su propio camino. Así pues, Baran abandonó a su padre con cólera en el corazón, pero mantuvo un resquicio de cordura y no habló a su pueblo, pues comprendía que debía permanecer unido. Solo a sus dos amigos más íntimos, Hathaldir y Belemir, les comunicó su marcha. Y ellos, aunque no compartían del todo su opinión y respetaban mucho a Balan, decidieron acompañarle, impulsados por la gran amistad que los unía. Así los tres, junto con *Lobo*, abandonaron en silencio a su pueblo, bajo el trémulo resplandor de las titilantes estrellas que apenas alcanzaba a iluminar su camino frente a ellos. Mas adelante solo había oscuridad.

El verano tocaba a su fin, y había que aprovechar los días, antes de que terminara la época de celo de los ciervos, que es cuando salen a los pastos abiertos y resulta más fácil su caza. Era mediodía, y Baran caminaba por la linde del bosque más bien distraído, pensando en su madre, y en qué haría y dónde estaría su familia. Hacía ya toda una estación que se había marchado con sus dos compañeros. Ahora eran salvajes en los bosques salvajes, entre bestias salvajes. No tardaron mucho en encontrar orcos y otras criaturas igualmente oscuras. Y pronto aprendieron a no dejarse ver, y a perseguirlos en los bosques silenciosos, y a matarlos uno a uno. Y así los orcos se volvieron temerosos, y murmuraban sobre crueles espíritus del bosque.

Habían marchado siempre hacia el norte y un poco al oeste, y llevaban varias semanas instalados en unas cuevas protegidas, junto a un río joven, que después giraba al sur y se volvía ancho y caudaloso.

Días atrás había creído atisbar, lejos río arriba, hacia el oeste, el resplandor dorado del crepúsculo reflejado en la superficie del agua. Fascinado por el recuerdo de aquella imagen, volvía ahora allí, pues pensaba que entre aquellas colinas debía de haber un gran lago, donde quizá estuvieran las fuentes de aquel río cuyo curso ahora seguía. Renunciando finalmente a la caza, pese a su necesidad de carne, apresuró el paso hasta que llegó al lugar donde había visto aquel reflejo, mas no vio nada esta vez, pues el sol aún estaba alto. Pero podía recordar perfectamente su situación, así que buscó un punto de referencia y lo siguió, cada vez más rápido, extrañamente ansioso por contemplar esas puras aguas, que constituían el corazón de aquella hermosa región. La sombra de la colina que tenía frente a él le cubría ya, lo que le hizo recordar nostálgico a su padre. Se dispuso a subir a su cima, preguntándose si no sería una ilusión lo que creyó ver y ahora buscaba. Mas cuando llegó a lo alto, la luz del sol le obligó a taparse los ojos, y cuando pudo mirar de nuevo, se quedó sin aliento, maravillado ante lo que se mostraba ante él en aquella hora. Pues a sus pies, refulgente a la luz del crepúsculo, un enorme lago de aguas azul oscuro se extendía inmenso, inconmensurable en su amplitud, bañando dulcemente las suaves colinas de la orilla, donde la hierba y los árboles eran más verdes que en el ancho mundo y la puesta de sol más hermosa que ninguna contemplada hasta entonces por ojos mortales, sobre las elevadas colinas que apenas era capaz de adivinar al otro lado de las aguas. Baran nunca olvidó su primera visión de este lugar, que perduró en su corazón durante todos los días de su vida. Más tarde tuvo ocasión de viajar lejos, y de conocer a grandes Señores. Y visitó fastuosos palacios, y contempló muchos bellos lugares, incluso el mar inabarcable, que ya no se le permitió atravesar. Pero hasta el momento de su muerte, el recuerdo de aquella primera visión de ese lago del crepúsculo fue para él el instante más feliz en su memoria, pese a las horas oscuras que vivía entonces y las que tuvo que enfrentar después.

Largo rato permaneció Baran en aquel lugar, contemplando maravillado el espectáculo que la madre tierra le ofrecía. Y cuando el sol se hubo ocultado del todo, el reflejo de la luna menguante sobre las aguas le pareció no menos fascinante. Finalmente, bien entrada la noche, sintió frío y bajó a un lugar más abrigado, cerca de la orilla, donde durmió envuelto en su capa sin preocupaciones hasta la mañana.

Al día siguiente anduvo por los alrededores durante todo el día, sin dejar en ningún momento de admirarse de lo que veía ni perder nunca de vista el lago. No se fatigó, ni recordó a sus compañeros, que lo esperaban lejos de allí. Pero cuando el sol se acercaba de nuevo a su ocaso, escuchó de pronto un poderoso sonido que le llamó la atención. Se trataba de la llamada desafiante de un ciervo, un berrido prolongado y grave que resonó entre los árboles y acalló a todos los demás sonidos del bosque. La berrea pronto terminaría, y eso le hizo recordar que el invierno estaba cerca y necesitarían carne. Llamó a *Lobo* para que caminara tras él y, aprestando el arco, se dirigió raudo y en silencio hacia el lugar donde había oído la llamada. No lejos de donde se encontraba había, al borde mismo del lago, una amplia zona llana y sin árboles, donde la hierba crecía alta y fresca. Cuando llegó allí atisbó con cuidado desde el límite del bosque y pudo contemplar a lo lejos una gran manada de hermosas ciervas, más numerosa que ninguna que hubiera visto hasta entonces. Pacían tranquilas en la hierba verde y algunas caminaban perezosamente, moviendo las orejas, hasta el lago para sentir en su hocico el dulce frescor de aquel agua pura. Pero entre ellas desfilaba, mayestático, poderoso, Señor absoluto e indiscutido de su harén, el ciervo más grande que Baran había contemplado jamás. Coronado por dos cuernas inmensas, de incontables puntas, se mostraba orgulloso ante sus damas, sabedor de su fortaleza y señorío.

Baran lo admiró maravillado durante largo rato, pero el sol estaba bajo ya, así que se dispuso a dar un rodeo por el bosque para llegar al punto donde los animales estaban más cerca de los árboles. Cuando llegó allí, ató el perro a un sauce, pues debía acercarse lo más posible a su presa, recechando con sigilo para que no se advirtiera su presencia. Oculto entre los árboles, casi a rastras sobre la hierba alta, contempló al majestuoso animal sin atreverse a respirar. Preparó su mejor flecha y trató de relajar sus temblorosos músculos. Apuntó. Era la hora del crepúsculo, y el animal, que se encontraba entre el lago y él, se recortaba imponente como una sombra luminosa al reflejo immaculado del sol sobre el agua. Tensó la cuerda. En ese momento, el gran ciervo se detuvo, y estirando el cuello en su dirección, lanzó de nuevo la poderosa llamada que él había escuchado poco antes en la distancia. Cuando el sonido se apagó, le pareció que el venado lo miraba, desafiante, interponiéndose entre él y sus hembras. Era el momento. Pero Baran no pudo disparar, ni al macho ni a la más vieja de las hembras, pues comprendió entonces que ante él se encontraba el auténtico Señor del Bosque. Aflojó la cuerda y se levantó lentamente. De inmediato las hembras huyeron, pero el Señor permaneció inmóvil frente a él, y el reflejo del lago brillaba en su pelaje limpio, y la última luz del sol llegó hasta Baran a través de su corona. Entonces le dio la espalda y caminó despacio, con la cabeza alta, en busca de sus asustadizas compañeras. Pero antes de internarse entre los árboles se dio la vuelta y le miró, y por dos veces inclinó su poderosa cabeza antes de desaparecer. Baran permaneció inmóvil largo rato, hasta que el lago se tornó negro antes de reflejar las primeras estrellas. Y siempre le gustó pensar que el Señor del Bosque se inclinó ante él en señal de gratitud y respeto.

X

Por la noche el cielo se nubló, y unas oscuras nubes de tormenta se cernían desde el oeste sobre los bosques sombríos, y el lago estaba intranquilo. Baran hizo un fuego y se tendió en la hierba, junto a *Lobo*, para descansar y partir temprano en busca de sus compañeros. Pero por largo rato no pudo dormir, pues no dejaba de pensar en las maravillas que había visto esos

días. Al fin, el cansancio lo venció y se sumió en un sueño profundo. Soñó que iba de caza, él solo con *Lobo*, y *Lobo* ladraba fuera de su vista siguiendo a una presa, y él corría, intentando sacar ventaja sin conseguirlo. De pronto llegó a un claro y vio a su perro. Y frente a él, como hablándole, estaba el gran ciervo que había visto junto al lago. Pero antes de que Baran pudiera hacer nada empezó a correr otra vez, y *Lobo* detrás, y él tuvo que salir de nuevo tras ellos aunque esta vez no los perdía de vista, y *Lobo* ya no aullaba. Finalmente llegaron a la orilla del lago, pero sus aguas estaban agitadas por un viento del oeste, que rugía con tormentosa furia. Un gran trueno se escuchó entonces, tan fuerte que la tierra tembló, y Baran se echó al suelo con las manos sobre la cabeza, y su sonido permaneció, poderoso por sobre todos los demás sonidos de la tormenta. A Baran le pareció entonces que el retumbar de la tierra era producido por el paso de un gran ejército a su alrededor, formado por innumerables caballos de fuertes cascos, y que el sonido del trueno era como la llamada de un poderoso cuerno que resonaba sobre el mundo, convocando a los guerreros al servicio de un gran rey. De pronto se hizo el silencio, y Baran levantó la cabeza y vio al ciervo y a su perro, los dos juntos observando el bosque con ojos brillantes. Porque del lugar que contemplaban procedía una gran luz, y Baran miró y pudo distinguir entre los grandes árboles un inmenso caballo blanco, como el reflejo del sol sobre el lago. Y montado sobre su lomo, sin arnés ni brida alguna, se encontraba un gran jinete majestuoso que irradiaba luz de sus ojos refulgentes, de forma que no se le podía mirar a la cara. Vestía con los colores del bosque, y los árboles parecían reverdecer a su alrededor. En su mano sostenía un gran cuerno de plata y marfil.

Entonces Baran, aun sin comprender, se inclinó de nuevo profundamente lleno de un temor reverencial, pues le pareció que se encontraba ante un poderoso señor, envuelto en un halo de gloria superior a su entendimiento. Pero una voz profunda le llegó desde la luz, y se dirigió a él, diciendo:

-¡Salve, Baran, hijo de Balan! Levántate sin miedo, pues nada debes temer de mí. Me han dicho, y veo, que eres un gran cazador. Respetaste a mi siervo y eso te convierte en mi protegido. Por eso te ofrezco mi consejo: marcha ahora sin demorarte, y vuelve con tus compañeros que te buscan. Y aprovechad la ayuda que encontraréis en los bosques, pues vuestro pueblo se enfrenta a una hora de necesidad, y tu padre te añora. Debéis seguir unidos y buscar el camino, que está más allá de las Montañas Azules, donde estás destinado a ser Señor entre los Hombres, y los descendientes de tu Casa serán recordados por sus grandes hazañas.

Incapaz de pronunciar una sola palabra, Baran se inclinó de nuevo. Entonces volvió a resonar el trueno y a temblar la tierra, y no vio nada más.

XI

Con la luz del alba despertó, junto a las cenizas frías de su pequeña hoguera. La tormenta había pasado y el cielo se mostraba azul y limpio ante el nuevo día. Miró a su alrededor y lo vio todo tal y como estaba la noche anterior, pero extraños sentimientos como recuerdos lejanos le rondaban en su interior. A su lado, *Lobo* dormía todavía, pero sintió moverse a su amo y despertó. Levantó la cabeza somnoliento, y en sus ojos había un brillo peculiar. Entonces Baran recordó su sueño.

Se puso en marcha y caminó sin descanso en busca de sus dos amigos. Habría querido llevarles al lago, pero sentía que ahora debían ir en otra dirección. Cayó la noche mientras los buscaba, pues no estaban en las cuevas, porque los tres habían partido días antes de exploración hacia el oeste, cuando Baran se separó de ellos, por lo que acampaban en los bosques y podían haberse movido en su ausencia. Al fin divisó una gran hoguera y se extrañó, temiendo que fuesen orcos. Pero al acercarse, vio que muchos hombres estaban sentados alrededor del fuego, y le eran desconocidos. Salió a la luz y le dieron la bienvenida, pues enseguida vio que Hathaldir y Belemir estaban allí, y en verdad ese era su campamento.

De este modo conoció Baran a algunos de los hombres de la Casa de Marach el Alto, que constituían una avanzadilla de exploración del gran pueblo que venía detrás. Y el cabecilla de estos hombres no era otro que Malach, hijo de Marach, con quien pronto estableció una amistad que duró hasta su muerte.

Estos hombres eran todos altos y fuertes, de rostro agradable. Tenían los cabellos rubios y los ojos azules. Eran guerreros y fabricaban sus propias armas de hierro, y muchos de ellos montaban unos caballos pequeños y resistentes, que criaban ellos mismos, descendientes de los animales salvajes que domaran sus antepasados en olvidadas estepas orientales. Baran, que sentía una sensación de apremio cada vez más acuciante, habló de su deseo de volver con su pueblo, lo que alegró a sus amigos. Y dijo que presentía que algo malo iba a ocurrir, aunque de momento no habló del lago ni mencionó su sueño.

Entonces Malach le dijo que le parecía una buena idea, pues pocos días antes habían divisado en el sur una gran horda de orcos que se dirigía hacia el oeste. De este modo, Baran decidió no esperar y partir por la mañana. Y Malach le ofreció su ayuda, por lo que él mismo y muchos de sus hombres les acompañarían, mientras los demás irían a buscar a su padre para que mandara más hombres y caballos en una empresa incierta, pues no había caminos en las tierras salvajes, y no sabían con exactitud dónde podía estar el pueblo de Balan.

Partieron con la primera luz y se encaminaron al sur, porque tampoco Baran sabía dónde estaba su padre. Marchando deprisa y sin descanso, tras varias jornadas encontraron el rastro de los orcos que mencionara Malach, y lo siguieron hacia el oeste con cautela, aunque parecían haber pasado por allí días atrás. Durante muchos días continuaron la marcha penosamente, mandando exploradores hacia los cuatro puntos cardinales. Finalmente, desde el sur les llegó la noticia de que había restos de un campamento de Hombres, abandonado solo un par de días antes. Baran se alegró, pero al día siguiente informaron que los orcos estaban muy cerca hacia el oeste, y parecían reagruparse y prepararse en secreto para un ataque.

Así pues, Baran envió a Hathaldir y Belemir, junto a muchos de los hombres de Malach bien armados, a buscar a su padre y avisarle. También se enviaron dos jinetes veloces hacia el este para pedir a Marach que se apresurara.

Balan contempló la puesta de sol desde un altozano que dominaba la llanura sobre la que estaba su pueblo junto a pequeñas hogueras dispersas. Observó serio el límite del espeso bosque que bordeaba el llano, sumido en sombras. De pronto una marea informe de cientos de orcos irrumpió en el terreno despejado. Sus gritos eran aterradores. Pero esta vez estaba

preparado. A su señal, los hombres que estaban ocultos al otro lado del llano salieron a su encuentro, cogiendo desprevenidos a los atacantes por su flanco izquierdo. Balan levantó su espada y bajó a sumarse a la batalla en veloz carrera. Los orcos eran más que ellos, pero eran cobardes y no esperaban esa respuesta. Muchos huyeron. Hathaldir combatía a su lado. Y Belemir y su padre, y Urthel, y otros muchos amigos, y algunos de los hombres de Malach. Pero el resultado fue incierto hasta que la carga de los quinientos jinetes que enviaba Marach llegó por fin a su destino, en el momento de mayor necesidad. Al frente cabalgaba el mismo Marach, junto con Malach. Y cuando a su alrededor no hubo más orcos que matar, Balan levantó su espada y gritó. Y todos los hombres le imitaron. Y entonces su mirada se encontró, por fin, con la de su propio hijo, Baran, que había vuelto para ayudar a su pueblo en aquella hora. Y pensó entonces que tal vez no estaba lejos el día en que su hijo sería el encargado de conducir a su pueblo.

EPÍLOGO

Grande fue la alegría del reencuentro. Y todos los desacuerdos del pasado fueron perdonados. Y de nuevo el pueblo de Balan partió unido, y contaba con la amistad de la Casa de Marach. Pero Baran habló con su padre y le contó todas las maravillas que había visto. Y así, acordaron no ir al oeste por el momento y partieron al norte, y Baran los guió hasta el lago, que divisaron al fin una tarde, en el crepúsculo. Y en sus orillas moraron un año, hasta que un día, en el otoño, Baran atravesó con su padre el lago en un bote para explorar la orilla occidental. Y subieron a unas montañas no muy altas que había allí. Desde su cima, vieron el brillo del lago al atardecer desde una nueva perspectiva. Y al darse la vuelta y mirar al oeste, alcanzaron a ver cómo el sol se escondía tras unas elevadas montañas que se alzaban en el horizonte, pero desde allí parecían estar al alcance de la mano. Y cuando el sol se puso, las montañas se recortaron contra el cielo iluminado todavía, y les pareció que los bosques de sus laderas mostraban un tenue tono azulado. Entonces Baran recordó el sueño que tuvo junto al lago y las palabras del Gran Cazador, y supo que había llegado el momento de ponerse de nuevo en camino.